

Título del original en inglés:
Narratives of Therapists' Lives
© 1997 by Dulwich Centre Publications

Traducción: Verónica Tirotta

Primera edición: abril del 2002, Barcelona

Derechos reservados para todas las ediciones en castellano

© Editorial Gedisa, S.A.
Paseo Bonanova, 9 1º-1ª
08022 Barcelona, España
Tel. 93 253 09 04
Fax 93 253 09 05
Correo electrónico: gedisa@gedisa.com
<http://www.gedisa.com>

ISBN: 84-7432-848-9
Depósito legal: B. 17332-2002

Preimpresión: Editor Service, S.L.
Diagonal 299, entresòl 1ª
Tel. 93 457 50 65
08013 Barcelona

Impreso por Limpergraf
Mogoda 29-31. Barberà del Vallès

Impreso en España
Printed in Spain

Queda prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio de impresión, en forma idéntica, extractada o modificada, en castellano o en cualquier otro idioma.

Índice

<i>Introducción</i>	9
---------------------------	---

PARTE I: RE-INTEGRACIÓN Y CEREMONIA DE DEFINICIÓN

Introducción	19
1. La cultura de las disciplinas profesionales	28
2. Re-integración	40
3. Re-integración y vidas profesionales	76
4. Ceremonia de definición	124

PARTE II: ASPECTOS POLÍTICOS DE LA PRÁCTICA TERAPÉUTICA

Introducción	153
5. Discursos profesionales	155
6. La relación terapéutica	163
7. Supervisión como conversación de reescritura de la vida	188
8. Formación profesional como co-investigación ..	215

del terapeuta. En este análisis, sostengo que las concepciones y prácticas de la relación terapéutica informadas por los discursos profesionales también contribuyen significativamente a las experiencias de agobio, fatiga y agotamiento de los terapeutas.

A continuación, exploro concepciones alternativas de la tarea terapéutica que contrarrestan estos efectos reales negativos producidos por los discursos profesionales, concepciones alternativas que los terapeutas perciben como renovadoras a nivel personal e inspiradoras en su trabajo.

Esta exploración me conduce a un debate acerca del modo en que estas concepciones alternativas influyen en las conversaciones terapéuticas, las supervisiones y la formación profesional.

5

Discursos profesionales

Pretensiones de verdad

La cultura de la psicoterapia es una cultura de discursos profesionales. Estos discursos profesionales están caracterizados por clases de conocimiento que tienen pretensiones de «verdad» sobre la condición humana: pretensiones que se adscriben el estatus de realidad objetiva y que se consideran universales, y se ocupan de «hechos» referidos a la naturaleza de la vida que pueden encontrarse en todas las personas, sin consideración de la cultura, la circunstancia, el lugar, la época y demás.

Una de estas clases de conocimiento tiene pretensiones de verdad sobre el «yo» (*self*): que, en el núcleo del ser humano, existe un yo que es el centro de la identidad, que es el fundamento del conocimiento personal y la fuente del significado humano. Otra clase de conocimiento tiene pretensiones de verdad sobre la naturaleza de este yo: sobre la humanidad, el desarrollo humano, la formación de la identidad, el funcionamiento de la psiquis, etcétera. Una tercera clase de conocimiento tiene pretensiones de verdad con respecto a la formación de los problemas. Se trata de los conocimientos de la psicopatología, de los trastornos y las disfunciones. Una cuarta clase de conocimiento tiene pretensiones de verdad acerca de la resolución de estos problemas.

Muchos de estos conocimientos sobre la formación y resolución de problemas presentan la hipótesis represiva bajo diferentes ropajes (hipótesis que sostiene la existencia de fuerzas en la psiquis

CONTINUA

individual que se dice que frustran la expresión de la naturaleza humana tal como se la determina por los conocimientos sobre el yo y que niegan a este yo opciones para lograr estados del ser auténticos). Esas cuatro clases de conocimiento son operacionalizados en sistemas de interpretación que, se afirma, posibilitan que el terapeuta trabaje con las personas a fin de descifrar la verdad acerca de su existencia y sus problemas y ayudarlos a escapar de las fuerzas de la represión, para descubrir quiénes son realmente y vivir una vida conforme a este descubrimiento (es decir, conforme a su verdadera naturaleza, sus auténticas necesidades, etcétera).

En la cultura de la psicoterapia, estos discursos profesionales moldean la escenificación que el terapeuta hace de las pretensiones de «verdad». Es esta una escenificación basada en el supuesto de que el terapeuta es un observador informado, que, en lo que al conocimiento se refiere, ha logrado un estatus autónomo, imparcial y desinteresado. La persona que hace la consulta es considerada el objeto de este conocimiento y, por medio de esta interacción, es constituida como el «otro». De esta manera, los discursos profesionales refuerzan poderosamente el dualismo sujeto/objeto tan generalizado en la estructuración de las relaciones en la cultura occidental.

Los discursos profesionales que moldean la interacción entre los terapeutas y las personas que los consultan también están constituidos por reglas, que rigen el ejercicio de estas diferentes clases de conocimiento. Estas son reglas sobre lo que importa en tanto conocimiento legítimo, reglas acerca de cómo y dónde deberán guardarse estos conocimientos, reglas acerca de quién está autorizado a hablar de estos conocimientos, reglas acerca de cómo habrán de expresarse estos conocimientos, reglas acerca de las circunstancias en las cuales podrán ser expresados, reglas acerca de las posiciones y situaciones desde las cuales podrán ser expresados, etcétera. Algunas de estas reglas han sido tratadas en la primera parte de este libro y no serán analizadas aquí.

Tecnologías del poder

Estos discursos profesionales no solamente están caracterizados por determinadas clases de conocimiento y reglas que moldean la

expresión y escenificación de este conocimiento, sino que también están asociados con determinadas «tecnologías» que actúan como vehículos para la escenificación, la legitimación general y la producción permanente de estos conocimientos¹. Estas tecnologías incluyen prácticas de observación, medición y evaluación del «comportamiento», procedimientos para la ubicación de problemas en sitios específicos de la identidad, no importa cómo estos sitios estén contruidos (por ejemplo, como «psiquis», como «centros» emocionales, etcétera), técnicas para la categorización y clasificación de las vidas de las personas y estrategias que les posibilitan a los terapeutas operar en estos sitios (intervenir y corregir lo que fuera que se suponga esté fuera de lugar).

Estas tecnologías están informadas por la preocupación moderna por el autogobierno del yo y es en este sentido que son tecnologías de poder. Estas tecnologías incitan a las personas a la autovigilancia y, efectivamente, las reclutan para controlar la reproducción en sus propias vidas de las «verdades» de la naturaleza humana, y según las normas de vida que estas «verdades» defienden. Hay muchos instrumentos para la búsqueda de la «verdad» disponibles para asistir en esta tarea. Uno de dichos instrumentos, que es empleado frecuentemente (y que fue analizado en el capítulo tres de este libro), es el *continuum*: de normalidad/anormalidad, de autonomía/apego excesivo, de independencia/dependencia, de seguridad en sí mismo/pasividad, etcétera. En el acto mismo de colocar su vida dentro de estos *continuums*, de ubicar su lugar en los territorios de estas dimensiones, las personas están participando en actos que tienen que ver con el manejo y administración calculados y precisos de sus propias vidas. Estas tecnologías e instrumentos de verdad no sólo están haciendo a la personas el centro de la regulación de sus propias vida sino que también incitan a las personas a convertirse en agentes de «optimización» de sus vidas.

¹ La obra de Michel Foucault (1973b, 1979, 1980, 1984) ha tenido una gran influencia en mi comprensión de estas tecnologías. Esta influencia es evidente en mucho de lo que escribí en esta sección sobre los discursos profesionales. Foucault es mejor conocido por su entusiasta deconstrucción de los discursos de verdad de la cultura occidental contemporánea y de las prácticas de poder y las tecnologías del yo asociadas con esos discursos.

Luego de reflexionar sobre las tecnologías de los discursos profesionales, nos vemos confrontados con la medida en que ellas constituyen las relaciones de poder modernas (hecho que no debería sorprendernos). Al trazar la historia de los discursos profesionales modernos, Foucault (1984) describió el papel central que estos han desempeñado en la introducción en la cultura popular de nuevas prácticas de poder que han hecho posible, en los últimos siglos, avances espectaculares en el gobierno de las vidas de las personas. En tanto el poder del soberano estaba simbolizado por la supresión personal, el sistema moderno de poder que lo suplantó:

[...] se centró en el cuerpo como máquina: su disciplinamiento, la optimización de sus capacidades, la exacción de sus fuerzas, el aumento en paralelo de su utilidad y docilidad, su integración en sistemas de controles eficientes y económicos, todo esto fue asegurado por los procedimientos de poder que caracterizaron a las disciplinas: una anatomía-política del cuerpo humano. El viejo poder de muerte que simbolizaba al poder del soberano era ahora cuidadosamente reemplazado por la administración de los cuerpos y la calculada administración de la vida (1984, pp. 139-140).

Crítica

Hubo muchas críticas a las pretensiones de verdad de estos discursos profesionales y a las relaciones de poder que estos reproducen. Por ejemplo, estoy seguro de que los lectores estarán familiarizados con las muchas impugnaciones que han sido dirigidas al concepto de «realidad objetiva conocible» y con las numerosas críticas a la idea de que los terapeutas pueden lograr un acceso privilegiado al estatus de observador imparcial y desinteresado. Estas críticas a las pretensiones de realidad objetiva llaman la atención sobre la imposibilidad de que las personas se coloquen por fuera de los fenómenos que están observando y la imposibilidad de que las personas eviten tener un rol generativo en la construcción de las realidades que están describiendo. Estas críticas han puesto el énfasis en que la distinción tan a menudo percibida entre cómo son las cosas en sí mismas y cómo pensamos que son, en realidad es una distinción inexistente.

Dichas críticas cuestionan más de una idea entrañable a la cultura de la psicoterapia. Por ejemplo, hacen imposible que los terapeutas mantengan la ilusión de que pueden participar en los procesos terapéuticos en condiciones de neutralidad. En realidad, los terapeutas son confrontados con el hecho de que la presunción de neutralidad no es neutral en sus efectos y que son las mismas condiciones establecidas por esta ilusión de neutralidad lo que les permite reproducir las estructuras de privilegio y las relaciones de poder de la cultura dominante. Son estas estructuras de privilegio y relaciones de dominación las que marginan a las personas que piden ayuda terapéutica, mantienen jerarquías de conocimiento, descalifican modos de vida y pensamiento alternativos, mantienen el monopolio de poder del terapeuta y hacen invisible la posición del terapeuta en los mundos del género, la cultura, la etnicidad, la preferencia sexual, la clase, etcétera. Al deconstruir los conceptos de conocimiento experto y observación neutral, los terapeutas se ven libres de reconocer y aceptar la responsabilidad ética que tienen por los efectos reales de su trabajo: por los efectos reales de su trabajo en la constitución de las vidas de las personas que los consultan.

También estoy seguro de que los lectores tendrán alguna familiaridad con los desenmascaramientos de las tecnologías y de los instrumentos de verdad de los discursos profesionales a las que nos referimos en la discusión anterior (tecnologías e instrumentos que incitan a las personas a la reproducción de las «verdades» de la naturaleza humana, a la reproducción de esos modos de vida que son defendidos por estas «verdades»). Estos desenmascaramientos acusan a los terapeutas de agentes de los discursos profesionales debido a su complicidad en alentar la participación de las personas que los consultan en actos orientados a la regulación y optimización de sus propias vidas.

No es mi intención discutir con más detalle los efectos reales de estos discursos profesionales en la constitución de las vidas de las personas que consultan terapeutas. Ya se ha prestado considerable atención a este tema en la literatura del área. En esta sección, en cambio, analizaré las consecuencias de estos discursos profesionales sobre la vida del terapeuta. Este análisis tomará forma a partir de las siguientes preguntas: ¿Cuáles son los efectos reales de estos discursos en la constitución de la vida del terapeuta?

peuta? ¿Hay opciones para que los terapeutas eviten convertirse en cómplices de la administración calculada de sus propias vidas? ¿Qué posibilidades tienen los terapeutas a su disposición para romper con las tecnologías del yo modernas en la constitución de sus propias vidas?

Los discursos profesionales y la vida del terapeuta

He señalado algunos de los efectos reales de los discursos profesionales en la conformación de la relación entre los terapeutas y las personas que los consultan y en la constitución de las vidas de las personas que consultan terapeutas. Pero hay consideraciones ulteriores para hacer.

Con respecto a las vidas de los terapeutas de manera más general, ¿es posible que estén exentas de los efectos reales de estos discursos profesionales? ¿Es posible que los terapeutas sean de alguna manera inmunes a que sus vidas sean constituidas a través de estos discursos? ¿Será posible para los terapeutas utilizar las tecnologías de los sistemas modernos de poder y de alguna manera evitar las fuertes incitaciones a sumarse al autogobierno del yo que conduce al tipo de individualización que tanto se venera en esta cultura? ¿Es probable que los terapeutas puedan internarse en el corazón de las tecnologías de esta cultura para la administración y el manejo de la vida y, no obstante, sean capaces de resistirse a las fuertes incitaciones a someter sus propias vidas a técnicas de policía?

Si bien es evidente que los discursos profesionales que constituyen las vidas de las personas que consultan a los terapeutas también constituyen la vida de estos mismos terapeutas, esta consideración ha sido relativamente descuidada. Esta consideración se ha visto oscurecida por un interés primario en el papel generativo que el terapeuta desempeña en la construcción de realidades terapéuticas. Este foco de interés ha desviado la atención del grado en que esta actividad tiene lugar en campos discursivos que son también constitutivos de la vida, y del mundo, del terapeuta. Ha desviado la atención del hecho de que estos discursos tienen efectos reales no solamente al estructurar la participación del terapeuta en el contexto terapéutico y en la producción de la

«verdad» terapéutica, sino también en la manera en que el terapeuta se relaciona con su propia vida (en la conformación de las relaciones del terapeuta con el mundo, en la construcción de los relatos de identidad personal del terapeuta, etcétera).

Tomemos esas clases de conocimiento de los discursos profesionales que expresan pretensiones de verdad acerca de la condición humana: son constitutivos no solamente de las vidas de las personas que consultan a los terapeutas, sino también de las vidas de los terapeutas. Por ejemplo, los terapeutas suelen entender las dificultades que experimentan en su trabajo en términos de las «verdades» profesionales sobre la formación de los problemas, y al hacerlo identifican la fuente de esas dificultades como un «problema» que está «localizado» en un «sitio» de su identidad. En respuesta a esto, los terapeutas redoblan su compromiso con las tecnologías de búsqueda de la verdad (autoobservación, automedición y autoevaluación) y, como resultado, son más completamente constituidos como objetos de los conocimientos de los discursos profesionales. Habitualmente colocan sus vidas en el extremo deficitario del *continuum* adecuación/inadecuación y deducen clasificaciones de su problema. Así, los terapeutas quedan cada vez más atados a las «verdades» establecidas acerca de la resolución de problemas (y en general, a que sus *yoes* (*selves*) sean formados por mediación de los conocimientos de los discursos profesionales).

Al sumarse al supuesto que construye a los terapeutas como observadores informados que, en cuanto a conocimiento, han adquirido un estatus autónomo e imparcial, en este trabajo el terapeuta ocupa el lugar central, pero al mismo tiempo está profundamente aislado de las personas que lo consultan. El hecho de que esto suceda en circunstancias en las cuales al terapeuta se le exige, al ingresar en la cultura profesional, desechar los saberes y habilidades que son generados en los contextos locales de su historia, significa que este ocupar el lugar central sucede en condiciones en las cuales el terapeuta tiene a su disposición menos recursos interpretativos que los que tendría de otro modo. Que el terapeuta ocupe el lugar central en ese contexto de aislamiento y en circunstancias que lo hacen abandonar y desechar estos saberes y habilidades de la historia personal contribuye muy significativamente a la generación de un sentimiento de agobio y fatiga que puede hacerse abrumador.

Este supuesto que construye a los terapeutas como observadores informados que, con respecto al conocimiento, han logrado un estatus autónomo e imparcial, también les hace imposible reconocer dilemas de valor y explorar formas de expresar sus valores que, en vez de cerrarlos, abran espacios para nuevas posibilidades en la vida de las personas. También están excluidas las opciones de explorar sistemas de valores no normativos. Los terapeutas pierden así la posibilidad de dudar para qué están cuando se trata de la vida de otros y de explorar las diferentes expresiones de diferentes valores y los efectos reales de estas expresiones en la conformación de la vida.

Las pretensiones de conocimiento experto de los discursos profesionales también pueden tener el efecto de construir una experiencia «atemporal» para los terapeutas. La especificidad y autoridad de los conocimientos expertos, que se imparten desde arriba hacia abajo, no sólo hace difícil que los terapeutas lleguen alguna vez a experimentar que han alcanzado una comprensión adecuada del conocimiento, sino que también desalienta que incorporen sus experiencias de conversaciones terapéuticas al relato de la trama en desarrollo de su trabajo. Ello priva a los terapeutas del sentimiento de estar avanzando en su trabajo, que podría orientarlos en pasos ulteriores, y contribuye a la sensación de estar «congelados» en el tiempo, mientras siguen haciendo lo que pueden para representar «lo mejor posible» el conocimiento experto. La adquisición del conocimiento profesional indispensable es una prioridad que constantemente se eleva sobre el horizonte, fuera del alcance de los terapeutas. La sombra del fracaso acecha, cada vez más enorme, y provoca renovados esfuerzos de regulación y optimización de sus trabajos y sus vidas.

En los capítulos que siguen en esta segunda parte, analizaré algunas de las ideas y prácticas que son asociadas con la terapia narrativa y que constituyen de una manera diferente el trabajo y la vida del terapeuta. Estas ideas y prácticas brindan a los terapeutas opciones para romper de manera general con la práctica de la formación del yo del terapeuta a través de los conocimientos de las disciplinas profesionales y con los actos de administración calculada de sus vidas.

6

La relación terapéutica

La concepción unidireccional de la terapia

La concepción unidireccional de la terapia es la que se da por sentada en la cultura de la psicoterapia. Las actividades de los diversos órganos de las diferentes instituciones del mundo de la psicoterapia, incluyendo las de las revistas y sociedades profesionales, están claramente informadas por la idea de que los únicos receptores de la terapia son las personas que consultan a los terapeutas y que, si los terapeutas tienen éxito y todo va bien, estas personas atravesarán algún proceso de transformación.

La medida en que esta es la concepción que se da por sentada se ve reflejada en el hecho de que subyace a la mayoría de las representaciones de las prácticas terapéuticas de las diferentes escuelas de terapia. No importa cómo conciban las diferentes escuelas la contribución específica del terapeuta a esas prácticas terapéuticas transformadoras (sea en términos de la introducción de determinadas intervenciones, en términos de proporcionar una nueva perspectiva sobre ciertas situaciones, en términos de emprender determinados procesos educativos, en términos de la introducción de hipótesis que perturben los sistemas, o en cualquier otro) la interacción terapéutica es prácticamente siempre representada como un proceso unidireccional.

Según esta concepción unidireccional de la terapia, se entiende que el terapeuta posee un saber terapéutico que es aplicado a la vida de la persona que lo consulta, y esa persona es definida co-